



TRES HISTORIAS DE **DANIEL ANGULO PICÓ**, **JAVIER DÍEZ CARMONA**
Y **PEDRO ENRÍQUEZ GÓMEZ**, GANADORES DEL VI CONCURSO DE
RELATO CORTO “LA COSTA ORIENTAL DE CANTABRIA” CONVOCADO
POR LA SOCIEDAD CÁNTABRA DE ESCRITORES (SCE)

RELATOS DE LA COSTA ORIENTAL

VI CONCURSO DE RELATO CORTO

LA COSTA ORIENTAL DE CANTABRIA



AYUNTAMIENTO DE
CASTRO URDIALES



sociedad
cántabra de
escritores

1^{ER} PREMIO

**VI CONCURSO
DE RELATO CORTO**

«EL VIAJE DEL CÉFIRO»

DANIEL ANGULO PICÓ

No tengo nombre ni edad pero eso poco importa. Vivo en esta tierra desde hace mucho tiempo poblando sus bajas montañas, ubérrimos pastos y bravíos mares. Conozco esta comarca palmo a palmo, cada lugar, cada rincón...

Disfruto pasear por esta costa oriental cántabra; ora por un embarrado camino, ora por las frías montañas, otras veces por cualquier callejuela con gente o sin ella. Amo este lugar por sus olores: el que desprende la espuma del mar cuando rompe impetuosa contra la roca quebrada, el de la yerba recién cercenada por el dalle o el de la tierra empapada por las primeras lluvias de septiembre; pero también lo amo por sus colores: ocre en otoño, plomizo en invierno, verde en primavera, dorado en el verano.

Soy el viento que cada día peino los prados, rizo las olas y acompaño a las aves que surcan el cielo. En ocasiones tengo forma de deliciosa brisa pero otras veces soy cortante como la hiel, galerna en el litoral y tempestad en la mar. Me dicen viento gallego porque vengo de poniente y a mi paso empujo nubes que riegan esta tierra verde.

Ya viene amaneciendo y desde el mar voy apremiando con mi soplo a un pesquero que arribando al puerto de Colindres deja a su paso olor a salitre y bocarte. Bien lo saben las cien gaviotas que por encima revolotean esperando un bocado que nunca llegará. Sus graznidos y el monótono ronroneo de los motores alertan a un marinero de edad proveccta que en el puerto se prepara para recibir los cabos del buque y así abarloarlo a los noráis del muelle.

- ¿Cómo fue la noche? -le pregunta al

patrón mientras éste pone pie en tierra firme.

- Mucha mar y poca faena, lín -le responde con ademán de fastidio.

Apenas dejo atrás el puerto y remontando unos metros el río Asón, avisto el lugar donde estuvieron los astilleros reales y es aquí donde una sensación inefable de siglos pasados recorre mi ser. Puedo evocar con nitidez la botadura de grandes galeones de guerra, navíos de tres cubiertas y más de noventa cañones que defendieron nuestro país en tiempos de guerra. También recuerdo la construcción de la Santa María, la mayor de las Tres Carabelas que capitaneada por Colón pudo demostrar la finitud del océano. Yo fui el primer viento en empujar su velamen hacia unas tierras de las que jamás volvería.

Me acerco al pueblo y oigo el murmullo de sus gentes, el revuelo del mercado y el golpeo seco de los bolos. Cuatro mozos juegan al pasabolo con la ayuda de un niño que arma las maderas en la arcilla mientras un corrillo de vecinos comenta y aplaude las mejores tiradas.

Continúo soplando hacia el este, sereno pero con decisión. Laredo me recibe engalanado y florido, pareciera una ciudad en una primavera perpetua. Decenas de carrozas adornadas desfilan altaneras en torno a la Alameda Miramar y ante la atónita mirada del público que grita y vitorea. Dalias, margaritas y claveles de plúrimos colores son clavadas en el contorno de la escultura ofreciendo una colorida estampa a su paso. Los carroceros marchan no menos orgullosos: meses de pírrico trabajo que se verá marchito en tan sólo unos pocos días. Sus flores son efímeras pero su arte inmarcesible.

Apenas me alejo del ajeteo de la Batalla, descubro una playa con forma de media luna a la que no encuentro fin. Esta arena bruñida por un mar leve y acompasado me hace recordar sucesos pretéritos que aquí tuvieron lugar. Hace ya más de cinco siglos que Carlos V, emperador entonces de medio mundo, hundió su pie en este arenal. Debía frisar los cincuenta y cinco años de edad, si no los sobrepasaba, tenía una gota avanzada, las fuerzas mermadas y el carácter agriado. Viajaba en una nao distinguida de tres gavias que yo mismo acompañé grácilmente desde Flandes.

Dicen que a su llegada, tras solventar algunas tempestades y otros infortunios en la mar, el monarca musitó: “me salvé”, quedando bautizada desde aquel momento la playa en la que desembarcaba y que yo ahora sobrevuelo. La nao que utilizó en su viaje, empero, zozobró en el puerto aquella misma noche debido a la fuerte galerna que azotó el litoral. Una vez más y como tantas otras veces, el mar aplicaba su rigurosa ley sin distinguir a quién, hostigando lo mismo el esquife de un humilde pescador que el bajel del mismísimo rey de las Españas.

Me entretengo recorriendo las rúas y plazuelas de la Puebla Vieja, la muralla medieval que desde entonces la abraza, sus casas de piedra con insignes blasones y las tabernas de techos bajos de madera en donde se reunían y reúnen almas pejinas de cualquier suerte y condición. Dejo atrás monasterios y ermitas y subo por Ruamayor para perderme entre sabrosos olores que invitan a pararse. Antes de llegar a la Puerta de la Blanca giro a la izquierda para encontrarme con la iglesia de Santa María, estoica al paso del tiem-

po, lugar de veneración pero también de socorro cuando corsarios y demás bribones extranjeros asaltaban los puertos de la costa practicando el latrocinio y haciendo gran destrozo entre la población.

Asciendo por caminos pindios hasta la Atalaya en donde recorro las ruinas del Fuerte del Rastrillar levantado por los franceses para defender la ciudad. Desde aquí salto al vacío y mientras caigo contemplo inigualables vistas: el mar a un lado, la playa al otro y un triste Puntal ahogado por el peso de tanto cemento y ladrillo.

El sol marca el mediodía en el cielo mientras continúo sintiendo el litoral a mi paso, allí donde la costa se vuelve más abrupta, más quebrada. Una enorme pared sujeta la Peña de San Julián que hace equilibrios imposibles para no precipitarse al mar. A sus pies esconde una pequeña cala que parece haber sido sacada de una historia de piratas y corsarios pues bien podría ser éste lugar para esconder un buen tesoro.

Salvando los altos acantilados, vuelo hasta el húmedo y hermoso Valle de Liendo. Me reconforto en la tranquilidad que desprende este lugar, recorro veloz y entusiasmado todos sus caminos y juego con las yerbas y hojas de los árboles que me susurran palabras que sólo yo entiendo. Distingo escudos en las casonas del Valle que me hablan del pasado hidalgo y linajudo de sus vecinos. Camino por Hazas admirando casonas montañosas, torres, palacetes, portaladas, casas de indianos y lujosos chalets modernos. Pese al eclecticismo, todo se aviene en una cuidada armonía que refleja el mimo y lucidez de sus lugareños.

En los barrios de Rocillo y Sopeña coincido con dos peregrinos que caminan hacia Santiago y que me permito ayudar con un suave viento a sus espaldas. Sus rostros fatigados muestran el cansancio de la jornada y sus abultados equipajes menguan un andar flébil y quejoso. Su sino, sin embargo, les conduce hacia adelante, convirtiendo en verdad aquel verso del poeta: “caminante no hay camino, se hace camino al andar”.

– Cuánto viento hace por aquí –dice uno de ellos.

– Sí, pero empuja por la espalda –responde el otro.

En seguida me topo con una mole de piedra inconmensurable de formas filosas: es el Monte de Candina. Recorro sus pequeñas hoyas pobladas de hayas y encinas y vuelo hacia los Ojos del Diablo que se abren en la roca como dos ventanas al mar. Paso sibilante por debajo de los arcos y respiro de nuevo el olor del agua salada. Allí abajo la playa de Sonabia parece apenas un grano de arena comparada con el tamaño de la montaña.

Y cuando menos me lo espero un ave de gran envergadura me saja en dos. Aprovecho la circunstancia para subirme a sus lomos y deleitarme con el planeo de sus alas que apenas se mueven. Descubro asombrado otra gran cantidad de buitres que también sobrevuelan los acantilados. Pareciera que van a estrellarse contra la roca pero en el último momento hacen alarde de su pericia y continúan el vuelo. Se mueven sigilosos, flemáticos e impasibles buscando con su aguda mirada la deliciosa carroña de alguna alimaña a la que devorar.

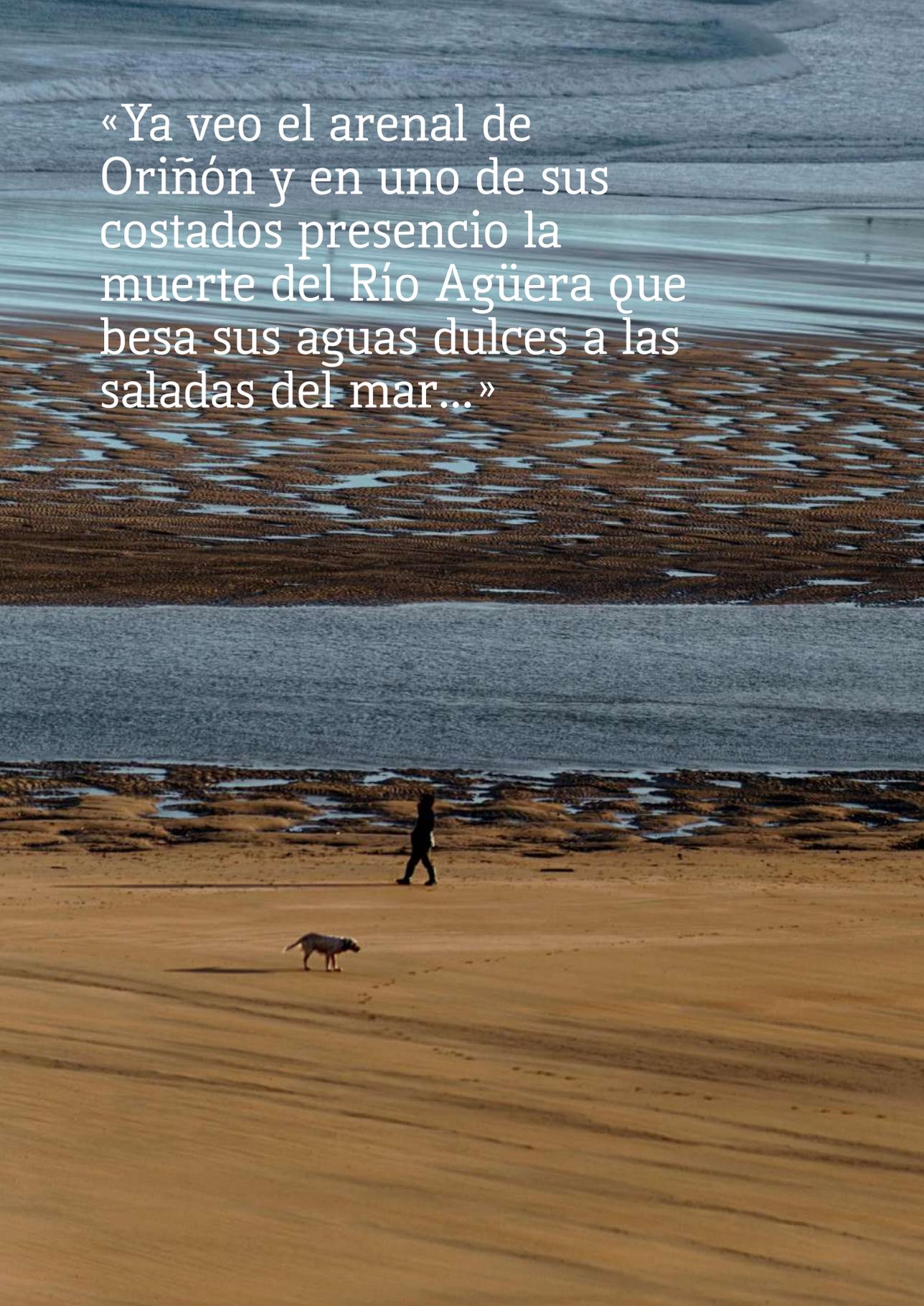
Ya veo el arenal de Oriñón y en uno de sus costados presencio la muerte del Río Agüera que besa sus aguas dulces a las saladas del mar, cerca de donde las olas han dibujado con capricho una ballena de piedra. A mi paso hago tintinear las jarcias de un balandro fondeado entre unos islotes que dan nombre al recoleto pueblo contiguo. Entre sus aguas, un modesto puerto esconde no más de dos o tres viejos bateles que permanecen varados y sin calafatear, con la quilla al sol y adarce en sus cuadernas, resistiéndose a que la podredumbre roya definitivamente sus esqueletos de madera.

Sobre Islares otra montaña hercúlea se erige impetuosa. Desde sus lomas veo saltar temerarios parapentes de colores a los que conduzco dócilmente para deleite de sus pilotos. Paso por Cerdigo y luego por Allendelagua, en donde caballeros templarios levantaron una fortaleza de la que apenas quedan sus últimos vestigios.

Por Urdiales voy entrando en Castro donde sonidos sinfónicos me conducen hacia Los Jardines, un pequeño parque donde la música nace de los árboles y las plantas. Una figura pétrea en el centro de la plaza parece moverse al compás de las notas que suenan y sus manos que otrora dirigieran las mejores orquestas de Europa, empiezan a tomar vuelo para dibujar bellas melodías en el aire.

Soplo vehemente en la Calle Ardigales, más tarde en la Rúa y luego en la Correría en donde me mezclo con la multitud que se arremolina en las tascas y demás puntos de encuentro. Uno que saluda al vecino, aquél que sale de una casa, el otro que comparte la última noticia del pueblo... La bonhomía de sus gentes, el desparpajo en

«Ya veo el arenal de Oriñón y en uno de sus costados presencio la muerte del Río Agüera que besa sus aguas dulces a las saladas del mar...»



el habla y un genuino acento que entona cada pregunta, son suficientes para distinguir al verdadero castreño del que no lo es tanto.

El bullicio me conduce hacia la zona del puerto donde cientos de marmitas son cocinadas a fuego lento para presentarse ante el jurado. Es el día de La Asunción, día grande en el pueblo y la muchedumbre disfruta de la jornada festiva revelando que los castreños son ante todo gente de compartir la fiesta con la calle.

Soplo hasta la iglesia de Santa María y me recreo al pasar bajo los arbotantes, recorriendo la forma de sus pináculos y filtrándome entre hermosas vidrieras. Las milenarias piedras claman una pronta rehabilitación que evite su conversión en polvo y arena. El edificio, sin embargo, no ha perdido su boato, más aún, hoy parece más catedral que nunca.

Recorro ahora las ruinas de la ermita de San Pedro, las almenas del viejo castillo con su faro en lo alto, el puente romano, el rompeolas y Santa Ana, allá arriba en el peñasco. Desde aquí avisto una trainera de color bermejo que boga con denuedo por la bocana de la bahía buscando el abrigo del malecón tras el que poder aliviar el esfuerzo.

Anhelo permanecer más tiempo en este lugar pero debo seguir mi recorrido hacia el este en donde encuentro playas repletas de veraneantes que apuran los últimos rayos de sol. Contemplo el cargadero de Mioño, vetusto y quejumbroso, testigo de otros siglos más vigorosos, a punto de vencer su peso al mar, desesperado de tanto esperar.

Pronto llego a Saltacaballos y al acariciar esas lomas silentes recuerdo que no hace mucho tiempo estuvieron pobladas de ruidos de pico y pala, explosiones de dinamita y gritos de minero. Siento a mi paso las cicatrices que la época industrial dejó en esta montaña horadada de túneles y galerías. Veo en aquellos montones de escombros la ambición de unos pocos y el sudor de muchos.

Llego al final de mi viaje en el pueblo de Ontón y subo hasta El Haya donde miro tras de mí para contemplar el camino recorrido. El arrebol en el cielo ofrece un bello crepúsculo acentuado por unos débiles rayos que ya fenecen. El mar se oscurece pero la luna asoma entre las nubes del horizonte rielando nuevas luces y reflejos.

La inmensidad de la noche lo recubre todo, de una punta a la otra y los sonidos de la vida se enmudecen hasta alcanzar el conticinio. Es en este preciso momento cuando se escucha mi silencio en esta tierra, rumbo al este, rumbo al nuevo día que ya se intuye y acontece.



2º PREMIO

**VI CONCURSO
DE RELATO CORTO**

«LA GALERNA»

JAVIER DÍEZ CARMONA

Llovía, como siempre.

Las gotas resbalaban por los cristales en largas lágrimas de polvo y desazón. Llovía, como siempre. Y, como siempre, traineras y vapores descansaban en la dársena, protegidos de los embates del Cantábrico por diques y oraciones. Tiritando bajo el grosor de las mantas, suando y maldiciendo el paso del tiempo, el viejo Anselmo se dejaba arrullar por los sonidos que marcaron su existencia, una existencia cuyo desenlace, conocido y repudiado desde siempre, le rozaba el rostro con el hielo de su aliento.

A través de las estrechas rendijas de los párpados intuía la presencia de su nueva, una silueta callada, difusa bajo lágrimas resacas, que velaba sus últimas horas con la fidelidad de quien nunca supo anteponer sus anhelos a los de sus seres queridos. Una sonrisa trató de abrirse camino entre las grietas de los labios. Su hijo tuvo suerte. Una suerte inmerecida, pensó mientras la sonrisa se diluía bajo el peso del ayer.

Quizá Magdalena intuyó algo de esa desazón, porque abandonó la silla para posar una mano olorosa a pescado y recuerdos sobre su frente.

—La galerna. La galerna... —susurró con los restos de una voluntad vencida.

—Esté tranquilo, Anselmo. No hay galerna hoy— su mirada buscó el lomo del océano, revuelto al otro lado del rompeolas —solo lluvia. Como siempre— concluyó buscando el perfil de Santa María que, entre sombras y bruma, le pareció más ceñudo, más amenazante, que protector.

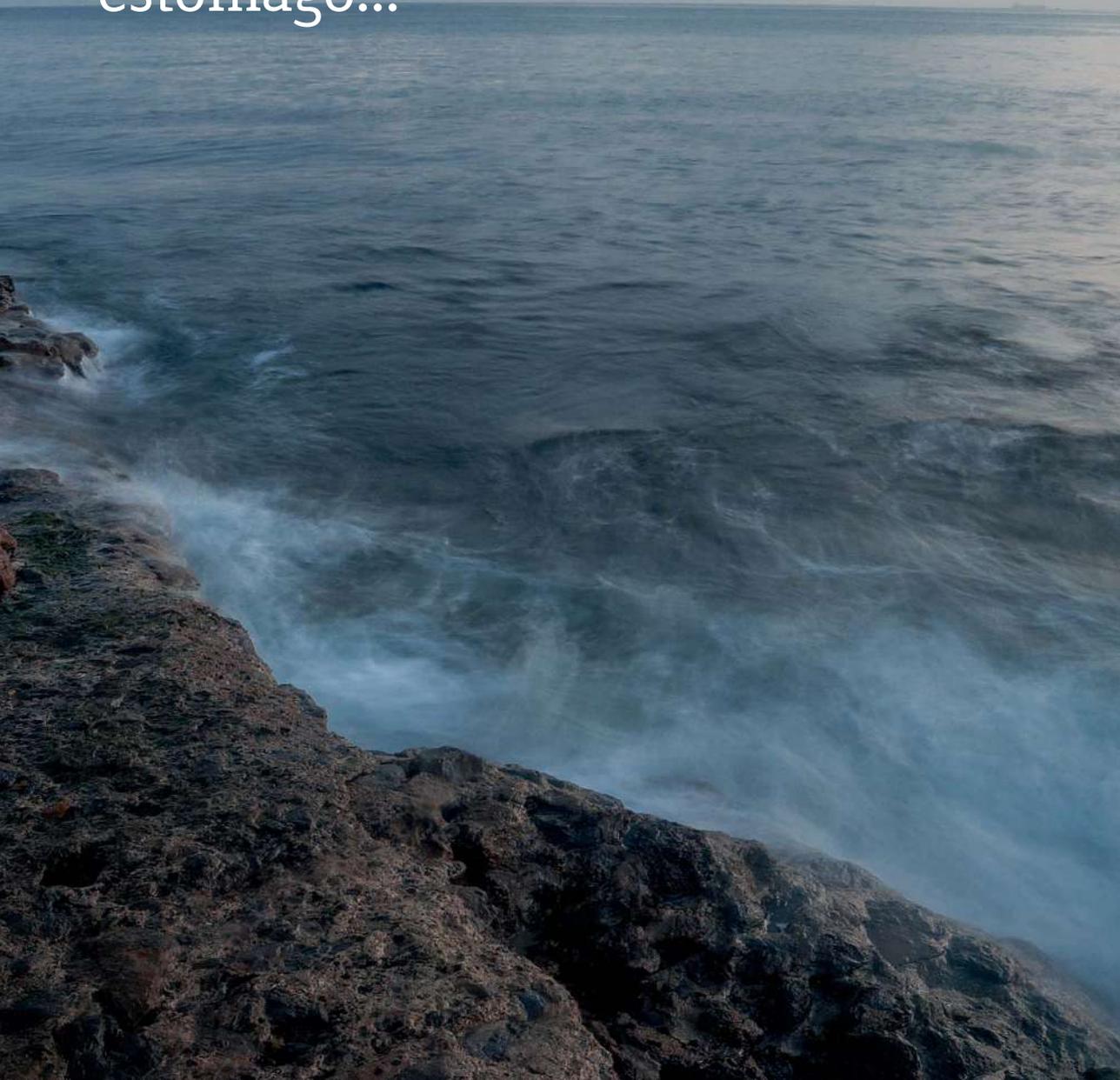
Tenía dieciocho años cuando atravesó por vez primera el portón de la catedral. Acostumbrada a la recogida paz de la iglesia de Santa María de Llovera, la grandiosidad de aquella construcción fortificada, erguida sobre el Cantábrico como el eco de un pasado perdido, le hizo sentirse insignificante, no importaba que todas las miradas estuvieran pendientes de su paso ni que el vestido regalado por sus suegros, brillante bajo el destello de los cirios, fuera la confirmación en paño y seda de los sueños nupciales de toda joven.

Veinte años después, contemplando desde un dormitorio hediondo a muerte y senectud las líneas robustas de la iglesia, recordó el día de su boda, recordó la felicidad que desbordaba el rostro de Mariano y algo agrio como la hiel se cerró en torno a su garganta.

Magdalena era la única hija de unos agricultores sin tierra ni futuro cuyo caserío de Otañes se desmoronaba bajo el paso del tiempo y la miseria. Mariano, el primogénito de uno de los industriales más preeminentes de la comarca. Para Magdalena, el porvenir era el tiempo que mediaba entre comidas. Para Mariano, el porvenir hablaba de mecanización, de artes nuevas para la pesca, de conservas y comercialización. Que el soltero más deseado se enamorara de una moza que, cada día de mercado, arrastraba hortalizas desde la montaña como quien carga su destino, era improbable. Que, apenas confirmado su interés, los padres de Magdalena la empujaran a un matrimonio indeseado fue, en cambio, previsible.

Como previsible fue que, durante la ce-

«Eran muchas,
demasiadas las tardes
gastadas así, vigilando
el Cantábrico con un
nudo en la boca del
estómago...»



remonia, dedicara menos tiempo a su esposo que a buscar entre los feligreses la espigada silueta de Domingo.

El viejo Anselmo dormía un sueño trezado de dolor y pesadillas. Cada ronquido parecía un estertor, cada jadeo un adiós definitivo. Consumido por una fiebre que los paños humedecidos no podían contener, deliraba aferrado a la manta con la endeble fe de quien se aferra a los restos de un naufragio.

Y Anselmo sabía de naufragios.

Asomada a la ventana, dejando que por el lienzo de sus recuerdos resbalaran las gotas quebradizas del cristal, Magdalena contemplaba la calma buscada de la dársena y la impotente furia del temporal. Eran muchas, demasiadas las tardes gastadas así, vigilando el Cantábrico con un nudo en la boca del estómago y una oración ansiosa en los labios en espera de ver a la Virgen del Carmen doblar por la bocana.

La Virgen del Carmen. La trainera de Domingo.

Mariano era un buen hombre. Un mozo grande y sencillo, demasiado sencillo para ser el heredero de una de las fortunas más pujantes de la costa cántabra, demasiado bueno para una mujer que soñaba con las caricias de otro hombre. Dueño de dos de los vapores recién llegados a Castro, dos buques de 15 metros de eslora y máquinas bajocubierta capaces de imponerse a la fuerza de las peores marejadas, solía patronear el Urdiales, el más pequeño, a pesar de que su padre nunca dejó de insistir en que no era bueno mezclar su trabajo con el de los pescadores. Pero María-

no necesitaba sentir el salitre en el rostro, necesitaba comprender lo que sufrían, y disfrutaban, los marinos a su cargo para, contra la opinión del resto de industriales, responder con justicia a sus demandas.

Fue así, mezclándose entre pescadores y rederas, haciéndose uno con quienes entregaban a la mar lo mejor de sus vidas, como supo que su esposa se encontraba cada tarde con el hijo del dueño de la Virgen del Carmen, una de las traineras más destartada de la villa.

No hizo nada. El miedo a perder a Magdalena fue más fuerte que la humillación de saberse señalado por la espalda por quienes encuentran en el dolor ajeno consuelo a sus miserias. No hizo nada en espera de que algo cambiara.

Todo cambió una tarde de agosto de 1.912. Los dos esposos paseaban por el muelle, protegidos del sol y las miradas por sombreros de ala ancha y discreción buscada. El sudor tintaba cercos en su ropa, resbalaba denso por sus frentes y esculpía en las mejillas surcos que podrían confundirse con lágrimas de incompreensión. Pero era sudor, el mismo que corría por los rostros ajados de las mujeres que remendaban redes sin perder de vista la bocana por donde debían regresar los pescadores.

Sucedió en unos minutos. El viento, una brisa suave, inusualmente cálida, roló al norte, y un vendaval de hielo hizo ondear las faldas de las rederas y estremecer sus corazones. Aterradas, dejaron lo que estaban haciendo y, el ancestral miedo a los elementos royendo sus vientres, se acercaron a la orilla.

No era extraño que días tan calurosos como aquel terminaran en tormenta. El bochorno extremo del final de la tarde y un repentino descenso de la temperatura eran señal inconfundible de la formación de una galerna en alta mar.

—Pero el viento no puede enfriarse tanto en tan poco tiempo— susurró una voz trémula, inútilmente asida a una esperanza que comenzaba a resquebrajarse. Lejos, sobre la línea del horizonte, las nubes se agrupaban dibujando una sombra gigantesca que se precipitaba sobre la costa. El océano comenzó a revolverse, a golpear el frontal del rompeolas, y la espuma les salpicó mucho antes de que la tempestad desplegara todo su poder. La lluvia barrió los tejados, los diques y a las irreductibles mujeres que, firmes a pie de puerto, luchaban por distinguir bajo el resplandor azulado de los relámpagos la silueta de los botes enfilando la bocana.

La noche se cerró como un sarcófago, llena de muerte y desolación. Despertaron las sirenas, y sus bramidos angustiados salieron a enfrentarse con los truenos. Decenas de fanales se desperdigaron a lo largo del espigón en una batalla desigual por mostrar a las traineras la ruta de regreso. Todas sabían que alguna quedaría atrás. Todas sabían que semejante galerna, capaz de alzar el mar por encima de los balcones más próximos al acantilado, cobraría su tributo en vidas y porvenires. Todas tenían un hijo, un padre, un marido, fuera del abrigo del puerto.

Magdalena tenía un amante.

Cuando se giró hacia Mariano, la lividez de su rostro y el pánico que nublaba sus pupilas fue mensaje suficiente. Él sintió el

frío de la certeza cerrarse sobre sus esperanzas: la certeza de que lo de Domingo no era un capricho pasajero. Ella comprendió que él lo sabía.

—¡Por favor! ¡Te lo ruego! Vete a buscarlos. El vapor puede enfrentarse a la galerna, pero la trainera de su padre no tiene ninguna posibilidad en este infierno. ¡Por favor! Y te juro que jamás volveré a verlo. Desde el calor del dormitorio, las olas que estrellaban su frustración contra los diques se le antojaban embates inofensivos de un mar vencido por la pereza. A través de los cristales velados, Magdalena contemplaba la marejada, pero en el envés de su mirada permanecía impresa la imagen del Urdiales saliendo por la bocana, Mariano al timón, las máquinas rugiendo mientras el vapor se lanzaba contra una galerna nacida del averno. Entonces, aterrada y confundida, Magdalena sintió por vez primera que amaba a ese hombre a quien bastó cruzarse de brazos para acabar con su rival y, sin embargo, prefirió jugarse la vida por la felicidad de una esposa infiel.

Y cuando, horas más tarde, los focos recortaron bajo la lluvia el perfil recio del Urdiales, sintió que lo amaba aún más.

—La galerna. La galerna...

Los gemidos del viejo Anselmo le arrancaron de la ventana, de los rescoldos de lo perdido para siempre. Del pasado irrecuperable donde permanecía encerrada veinte años después del regreso del vapor. Tomó asiento junto al anciano, enjugó el sudor de su frente y dejó que su mano, deforme de años y trabajo, se cerrara sobre la suya buscando un último tacto de este mundo. Recordó la primera vez que

lo vio, firme y extenuado al timón del Urdiales. Recordó la angustia, el sudario de su vestido empapado, el terror al comprender que, sobre cubierta, solo había dos marinos: el viejo Anselmo, y su hijo Domingo.

Mariano nunca regresó.

Hubo misas. Hubo homenajes, muestras falsas de condolencia, abrazos vacíos de quienes la culpaban sin palabras. Mariano pasó a formar parte del santoral laico de la villa marinera, parte del propio litoral en la forma de un monolito sufragado por el pueblo al borde mismo del acantilado, parte de la épica de un pueblo acostumbrado a la furia del Cantábrico.

Pero nada pudo consolar a Magdalena, viuda el mismo día en que comprendió cuánto amaba a su marido

—La galerna— insistió Anselmo tratando de incorporarse.

—Descanse, Anselmo, descanse— susurró arropándole con el cariño de una madre sin hijos.

—No— Con la fuerza de un último estertor, cerró la mano sobre la muñeca de su nuera. —No puedo descansar. No puedo. — Boqueó como un pez fuera del agua, angustiado como quien llega tarde a un desenlace. —No puedo. Tu marido... — a través de los huecos negros de sus dientes resbalaba una saliva densa que goteaba despacio sobre el brazo inmóvil de la mujer. —Tu marido no se ahogó. Domingo lo mató— Gimió, tomó aire, y se derrumbó sobre la almohada —Mariano nos salvó la vida, y mi hijo lo empujó al agua. — Sus ojos se cerraron despacio, velados

de cáncer y remordimientos. —No puedo descansar. Nunca pude. Nunca.

Al otro lado de la puerta, los escalones crujieron bajo el peso de unas botas, botas sucias de pescador arrastrando cansancio y hastío. La lluvia golpeaba los cristales en un llanto mudo mientras, expiados sus pecados, Anselmo exhalaba su último suspiro y, en algún lugar imposible y repetido, un vapor conducido por un solo hombre seguía enfrentado la galerna.



3^{ER} PREMIO

**VI CONCURSO
DE RELATO CORTO**

«LLUVIA EN LA ENCRUCIJADA»

PEDRO ENRÍQUEZ GÓMEZ

Era un día oscuro, así como su ánimo. Nubes densas poblaban el cielo de Castro Urdiales y las lluvias, aunque esporádicas, eran intensas y llegaban a empapar a los viandantes poco precavidos que no habían creído necesario el llevar un paraguas encima. Era un día más de aquella semana, una gran borrasca pasaba por todo el norte de la Península, dejando precipitaciones en forma de lluvia o grano y fuertes vientos.

David se acababa de levantar, se había puesto el albornoz y ahí estaba, tiritando frente a la ventana cuando un escalofrío le recorrió de pies a cabeza al recordar la pesadilla de la que acababa de despertar. Su mirada atravesaba el cristal, la lluvia y el Parque Amestoy y se perdía en el mar, buscando la calma que en él siempre encontraba. Las imágenes eran confusas y cada vez más borrosas e inconexas. Por una parte quería dejar de pensar en ello para que así cesara esa sensación que se había apoderado de su cuerpo. Sin embargo, esa sensación era lo único que aún le conectaba, de una forma casi mística, a esa sucesión de proyecciones oníricas que su mente había creado, y que, ahora que había despertado, poco tardaría en olvidar.

David llevaba mucho tiempo esperando ese día, con alegría e impaciencia al principio, que pronto había mutado en estrés y ansiedad, transformando esa espera que debía ser un jardín de flores y sonrisas, de promesas y caricias, en una agonía lenta, como la del reo que espera a la silla. Y al fin había llegado. Aquel día la vida de David cambiaría drásticamente, eso lo sabía; pero si le hubieran preguntado, jamás habría sabido decir dónde estaría ni cómo se sentiría cuando la luna sustituyese al

inexistente sol en el cielo. Aquel día era el día de su boda.

De repente, David sintió una intensa sensación que lo impulsaba a salir a la calle, a su Castro Urdiales natal, en el que tantos buenos momentos había vivido. Necesitaba sentir sobre su piel una vez más la fría lluvia que tantas veces le había mojado, sentir cómo lavaba su cuerpo y su espíritu. Sabía que, después de ese paseo, fuera cual fuera su decisión, sería la correcta.

Salió de casa y se dirigió hacia el ayuntamiento, llevaba puesto un abrigo pero nada en el mundo podría haber hecho que se pusiera la capucha. Era sábado y las calles estaban desiertas, lo que a David le pareció consecuencia de la combinación de hora y clima. El único sonido en el Ayuntamiento era el de las gotas rebotando irremediabilmente contra los tejados y el suelo, y serpenteando por las pedregosas calles para finalmente encontrarse de nuevo con el mar y fundirse con el furioso oleaje, que ponía el contrapunto perfecto acompañado por algún que otro graznido de gaviota que completaba la melodía. Los barcos del puerto se mecían considerablemente llevados por la marea, desde pequeños botes de pesca a veleros y lanchas de mayor longitud de eslora. A lo lejos, David pudo divisar la barca de su abuelo, Sofía, llamada así en memoria de su abuela. No era la embarcación más imponente ni la más bonita, pero al verla, todas las madrugadas pescando con su abuelo volvían a su mente, evocando esa emoción infantil que provoca lo desconocido, lo inexplorado.

Algo más calmado, David se centró en la materia que lo ocupaba. Ese día tendría que decidir entre dos mujeres: una de

«... la ermita de Santa Ana, un enorme peñasco que emergía del mar, con un balcón a unos cinco metros ...»



ellas era su prometida, Adriana. De origen brasileño, Adriana representaba todo lo que una mujer podía darle. Era inteligente, cariñosa y con un sentido del humor mordaz que nunca dejaba de sorprenderle. Su sonrisa llevaba implícita una promesa y su pelo castaño era brillante y olía como una tarde de verano en la playa. Sus ojos verdes le miraban como nunca antes le habían mirado y su piel era cálida y de color avellana y al tocarle, era capaz de excitarle hasta unos límites que antes él creía inalcanzables. Su amor era sencillo y sincero, humilde y precioso.

El amor que le daba la segunda mujer era diferente, era mucho más primario, mucho más evidente, era salvaje y antiguo, profundo e inabarcable. Ella le conocía mejor que nadie y no importaba cual fuera su tormento, siempre conseguía calmarle. Era sabia consejera; con sólo alzar la mirada y fijarse en ella, era capaz de tocar en su corazón y enfriarlo, permitiéndole analizar y decidir sin miedo a equivocarse. Y era hermosa, era hermosa como una noche de luna llena.

La decisión se le antojaba imposible, eligiera a la que eligiera, una parte de él se quedaría con la que dejara atrás. Era la enésima vez que llegaba a la misma encrucijada, y por enésima vez se iba a dar la vuelta antes de elegir uno de los dos caminos que ante él se encontraban. Intentaba hacer comparaciones, pero ellas no se podían comparar, intentaba hacer una lista de pros y contras, pero solo quedaban pros cuando terminaba de redactarla... Era la decisión que llevaba demasiado tiempo posponiendo, siempre presente en un rincón de su cerebro, convirtiéndose en una carga que estos últimos meses

lo había transformado en una sombra del hombre que era, marchitando y tiñendo de depresión todo lo que tocaba.

Hoy ese David mustio y dubitativo quedaría en el pasado. La boda con Adriana era lo único que lo devolvía a la realidad. Si no decidía antes de las doce del mediodía, la vida, enfundada en un traje de novia, se encargaría de decidir por él. Y no podía permitirlo, ninguna de esas dos magníficas mujeres se merecían algo así.

Debía ser valiente y poner fin a sus dudas. Antes de volver a su casa, habría aclarado sus ideas, o eso quería creer...

Paseó a buen ritmo por todo el rompeolas y dio la típica patada en el paredón antes de girar ciento ochenta grados, para después subir las escaleras y emprender el camino de vuelta por el lado más elevado. Desde allí la panorámica era envidiable: a un lado todas las embarcaciones del puerto y el paseo marítimo; al otro, la inmensidad del cantábrico, con sus tonos índigo y blanco, allí donde había espuma creada por el oleaje, que rompía impetuoso contra la larga pared creada con ese propósito.

Al frente los símbolos de su querido pueblo se alzaban poderosos, al igual que los recuerdos que consigo traían: la ermita de Santa Ana, un enorme peñasco que emergía del mar, con un balcón a unos cinco metros desde el que David y sus amigos solían saltar cuando eran más jóvenes, coronado por un segundo balcón aún más alto con un tejado rojizo sobre el que siempre había posada alguna gaviota. A su derecha el puente romano desembocaba en el castillo del faro que se alzaba

desafiante al borde del acantilado. Qui-mera entre fortificación y guía para los navegantes extraviados, estaba construida para cumplir ambas funciones. Cuatro altos muros y cuatro sendos torreones protegían celosamente el torreón interior, que sobresalía por encima de los demás y dibujaba un camino de luz en el cielo, que se podía ver en intervalos fijos, conforme el sistema de alumbrado daba una vuelta completa. Cuando estuvo más cerca, David escudriñó los muros en busca de las muescas provocadas por balas de cañón que sabía que en ellos se encontraban. Imaginando las batallas que debieron librarse en ese mismo escenario se giró para enfrentar el lugar en el que debía ser su boda.

De estilo gótico, la catedral de Santa María era un inmenso monumento que para David siempre había estado rodeado de un halo de misterio. Formada por tres naves, fue la primera catedral gótica de la costa cantábrica. Su belleza era extraña y compleja; la primera parte era la más obvia y la descubrías si te fijabas en los numerosos arbotantes, en las gárgolas y animales tallados con esmero, en las vidrieras recibiendo los rayos de sol si los hubiera, pero por supuesto no los había. Para apreciar la segunda belleza había que ser un observador experimentado; se basaba en alejar un poco el punto de vista y fijarse en el conjunto, no sólo en la catedral como unidad, para poder admirar ese marco incomparable que David se sentía orgulloso de poder llamar hogar. Por último, la tercera belleza era sólo para aquellos que habían pasado largas tardes observándola, para aquellos que habían fabricado recuerdos en torno a ella. Esta última y preciosa belleza residía en lo más

profundo de la antigua piedra. Emanaba de ella y no era algo que pudieras ver. Más bien era algo que se podía sentir en el tañido reverberante de las oxidadas campanas, en la solidez de los cimientos. Era la belleza de un testigo de valor incalculable de las peripecias del hombre a lo largo de los siglos; y que, siguiendo el plan establecido, también sería testigo de su unión con Adriana.

David avanzó por la plaza situada entre estos dos gigantes enfrascado en su lucha interna. Llegó al acantilado, franqueado por un muro, y fijó su mirada en el horizonte, ese punto en el que el mar y el cielo parecían tocarse y al que jamás podría llegar.

Su cabeza echaba humo en el momento que dejó de llover. No obstante, David estaba abstraído, su cuerpo estaba allí, pero él estaba en otro lugar. Estaba en su horizonte particular, en el que las dos mujeres de su vida parecían tocarse, parecían poder coexistir, parecían entender que él estaría incompleto sin alguna de las dos... pero David sabía que jamás podría llegar a él. Como el horizonte, era un lugar irreal, mágico, imaginario...

Por un instante se pasó por su cabeza tomar el camino fácil y no decidir. ¿Qué clase de futuro le esperaba si tenía que renunciar a una de ellas? Tenía ganas de gritar, de llorar, de saltar y acabar con todo. ¿Qué mejor forma de morir que en el mar que tanto amaba?

Cuando se dio cuenta de que había dejado de llover, el sol se abrió paso en el cielo abarrotado de nubes. David cerró los ojos y sintió el agradable calor en su piel.

Cuando los abrió, el espectáculo ante él hizo que se le erizasen todos los pelos del cuerpo. El sol, al posarse en el mar despedía miles de brillos en todas direcciones que le hipnotizaron. Sobre el agua, un arcoíris incompleto decoraba el cielo mientras varias gaviotas planeaban y otras tantas estaban posadas en la superficie. Las olas rompían contra el acantilado, y las gotas que salían despedidas, proyectaban toda clase de colores al ser atravesadas por la luz solar. Esta era la magia de su tierra, era un argumento inapelable.

Densas lágrimas comenzaron a resbalar por la cara de David, pero en su expresión no se divisaba ni un atisbo de tristeza. Era la expresión decidida y resuelta de quien al fin sabe lo que quiere. Era la expresión triunfante de quien ha tomado una decisión.

De repente, un frenesí imparable invadió su cuerpo y echó a correr. Tenía que comunicarle a Adriana su resolución. No sería fácil ni rápido, pero ella se merecía todas las explicaciones que él podía darle. No sabía si lo entendería, pero no podía ir con ella a Brasil tras la boda, no podía dejar atrás a la que ahora sabía que era el amor de su vida.

Ella era verde y armoniosa, dadivosa y exuberante. Era cada grano de arena, cada gota de lluvia, cada brizna de hierba; era su hogar y era infinita. Su nombre era Cantabria, y nunca la abandonararía.





AYUNTAMIENTO DE
CASTRO URDIALES



sociedad
cántabra de
escritores